

tomaban partido por ó contra nuestra alianza. Entonces jeque Ibrahim instó al Drayhy á no detenerse, y le aconsejó que fuésemos á reunirnos cuanto antes con nuestros aliados. A consecuencia de este consejo, fuimos á acamparnos junto á varias fuentecillas en El Darghuan, á veinte horas de Bagdad, y el dia siguiente cruzamos una gran cordillera; como teníamos que andar doce horas por unos ardientes arenales donde no se hallan aguas ni pastos, tomamos antes la precaucion de llenar nuestras odres. Cuando llegamos á las fronteras de Persia, encontramos un mensajero de la tribu El Achgaha, portador de una carta del gefe Dehass que reclamaba la asistencia del *padre de los heroes, del caudillo de los temibles guerreros, el poderoso Drayhy*, contra sus enemigos, dueños de quince mil tiendas. Hallábamonos entonces á seis jornadas de aquella tribu, y habiendo dado orden el Drayhy de continuar la marcha, atravesamos esa distancia en tres veces veinticuatro horas, sin pararnos ni aun para comer. La mayor fatiga de aquella marcha forzada caia sobre las mugeres, encargadas de hacer el pan y de ordeñar las camellas andando.

La organizacion de esta cocina ambulante era bastante curiosa; á distancias determinadas se hallaban unas mugeres que se ocupaban en ellas in tregua: la primera, montada en un camello car-

gado de trigo, tenia delante de sí un molino de mano; una vez molido el trigo, pasábale la harina á la que tenia inmediata, que la amasaba con el agua que llevaba en las odres colgadas de su camello; la pasta pasaba á manos de otra muger, que la hacia cocer en forma de bollos en un escalfador con leña y paja, y ella misma distribuia estos bollos á la division de guerreros que estaba encargada de mantener, y que iban, de minuto en minuto, á reclamar su racion. Otras mugeres iban junto á las camellas, para ordeñar la leche en *cadahs* (cuencos de madera que contienen dos azumbres), y que iban pasando de mano en mano. Los caballos comian andando, en unos morrales que llevaban pendientes del cuello; cuando queria alguno dormir, se tumbaba á la larga en su camello, metidos los pies en las alforjas para no caerse; el lento y compasado paso de los camellos convida al sueño, como el vaiven de una cuna, y nunca he dormido mejor que durante aquel viage. La muger del emir Farés parió, en su handag, un hijo, que llamaron Harma del nombre del sitio por donde pasábamos cuando nació, que era el punto de union del Tigris y el Eufrates. Poco despues se nos reunieron tres tribus, El Harba, El Suallemé y el Abdellé: siete mil tiendas teníamos cuando salió Dehass á recibirnos. Este imponente auxi-

lio le tranquilizó; dimosle una cena magnífica, y en seguida puso su sello al pie de nuestro tratado.

Todavía estaba el enemigo á una jornada de distancia, y como nuestros caballos y nuestra gente tenían gran necesidad de descanso, el Drayhy mandó que nos detuviésemos dos días, pero no nos concedieron los agresores esta deseada tregua. Apenas les llegó la noticia de que nos acercábamos, pusieronse en marcha, y al día siguiente, treinta mil hombres estaban acampados á una legua de nosotros. Inmediatamente hizo el Drayhy avanzar su ejército hasta la orilla del río, temeroso de que quisiesen interceptarnos el agua, y tomamos posición junto á la aldea El Hutta.

Al día siguiente envió el Drayhy una carta de conciliación á los caudillos de las cinco tribus que venían á atacarnos⁴, pero esta tentativa de nada sirvió; la respuesta fué una declaración de guerra cuyo estilo nos probó claramente que nuestras intenciones habían sido calumniadas, y que aquellos caudillos obraban movidos por una mano estrangera.

⁴ Las tribus El Fedhay, caudillo Donockhry; El Modiann, caudillo Saker Ebn Hamed; El Sabha, caudillo Mohdi Ebn Hud; Monayegé, caudillo Bargiass; Mehayede, caudillo Amer Ebn Noggies.

Jeque Ibrahim propuso enviarme cerca de ellos, con regalos, para ver de obtener una explicación, y tan bien habían salido hasta entonces mis embajadas, que acepté con placer, y salí con un solo guía; pero apenas llegué delante de la tienda del Mahdi, que se hallaba la primera, la vanguardia de los Beduinos se arrojó sobre nosotros como fieras, nos despojó de nuestros regalos y de nuestros vestidos, nos puso grillos en los pies y nos dejó desnudos sobre la ardiente arena. En vano supliqué que me dejaran explicarme, pues me amenazaron con matarme en el acto si no me callaba. Pocos momentos después vi llegarse á mí al pérfido Absi, el buhonero, y entonces comprendí la causa de aquel inaudito tratamiento; el malvado había viajado de tribu en tribu para suscitarlos enemigos. Su vista me inflamó de una cólera tal que sentí renacer mi abatido aliento, y me hallé pronto á morir valerosamente si no podía vivir para vengarme. Acercóse á mí, y escupiéndome en la cara: — Perro infiel, me dijo, ¿de qué modo quieres que separe tu alma de tu cuerpo? — Mi alma, le respondí, no está en tu poder; mis días están contados por el Dios grande; si deben acabar ahora, poco me importa de qué modo han de acabar, pero si debo vivir aun, ningún poder tienes para hacerme morir. — Retiróse de nuevo para ir á es-

citar á los Beduinos contra mí, y en efecto, todos, hombres y mugeres, vinieron á mirarme y á llenarme de vituperios; unos me escupian en la cara, otros me tiraban arena á los ojos; algunos me pinchaban con sus djerids; en fin, veinticuatro horas me tuvieron sin comer ni beber, pasando un martirio imposible de describir. Hacia el anochecer del segundo dia, un joven, llamado Iahour, se acercó á mí y ahuyentó á los muchachos que me martirizaban; ya habia yo reparado en aquel mozo, porque de cuantos ví, durante el dia, él solo no me habia dicho injurias. Ofrecióme traerme pan y agua despues de ya entrada la noche: — El hambre y la sed me importan poco, le respondí dándole gracias, pero si podeis sacarme de aquí, os recompensaré generosamente. Prometiόμε intentar, y en efecto, á media noche, vino á verme, provisto de la llave de mis grillos, de que tuvo bastante maña para apoderarse mientras cenaban los jefes. Abriólos con mucho tiento, y sin detenerme siquiera á vestirme, me volví corriendo á nuestra tribu. — Todos dormian en el campamento, excepto cuatro negros que estaban de centinela á la entrada de la tienda del Drayhy; lanzaron un grito al verme y fueron á toda prisa á despertar á su amo que vino con Jeque Ibrahim: ambos me abrazaron llorando y recompensaron amplia-

mente á mi libertador. El Drayhy se manifestó muy afligido del trato que me habian hecho sufrir; aquella violacion del derecho de gentes le indignaba. Inmediatamente mandó hacer los preparativos del combate, y al amanecer echamos de ver que lo mismo habia hecho el enemigo. El primer dia, la victoria estuvo indecisa: Auad, caudillo de la tribu Suallemé, perdió su yegua por la que habia rehusado 25,000 piastras. Todos los Beduinos tomaron parte en su afliccion, y el Drayhy le dió uno de sus mejores caballos, muy inferior sin embargo á la yegua que le habian matado. Al dia siguiente continuó la batalla con mas encarnizamiento que la víspera, y perdimos mas gente que el enemigo. Como no teniamos mas que 15,000 hombres que oponerles, fuerza nos era proceder con suma prudencia; cuarenta de los nuestros habian caido en su poder, y nosotros no habiamos cogido mas que quince prisioneros, pero entre ellos se hallaba Hamed, hijo del caudillo Saker. En ambos bandos se pusieron esposas y grillos á los cautivos.

Despues de aquellos dos dias de combate, hubo una tregua tácita de tres dias, durante la cual los ejércitos estuvieron uno enfrente de otro sin hacerse ninguna manifestacion hostil. El tercer dia, el jeque Saker, acampañado de un solo hombre, vino á nuestro campamento; inquieto

por la suerte de su hijo, valeroso mancebo, adorado de toda su tribu, venia á ofrecer un rescate. Hamed habia sido muy bien tratado entre nosotros; yo mismo le habia vendado las heridas. Recibió el Drayhy á Saker con mucha cortesía, y este, despues de las atenciones de costumbre, habló de la guerra, manifestó lo que le admiraba el ardor del Drayhy por aquella coalicion contra los Wahabi, y dijo que no podia creer en tan gran desinterés, y que precisamente debia tener motivos secretos ó miras personales. — No podeis estrañar, añadió, que no me comprometa con vosotros sin saber con qué fin; ponedme en vuestra confianza, y os ayudaré con todo mi poder. Respondimosle que no teniamos por costumbre admitir en nuestros secretos á aquellos de cuya amistad no estábamos seguros; que si queria firmar nuestro tratado, nada tendríamos oculto para él. Pidió entonces que le dejáramos enterarse del testo del empeño, y despues de haber oido leer diferentes artículos, de que pareció muy contento, nos aseguró que le habian presentado las cosas bajo un aspecto muy distinto, y nos contó las calumnias que Absi habia propagado contra nosotros: acabó por estampar su sello al pie del tratado, y luego nos instó para que le declarásemos el fin á que aspirábamos. Jeque Ibrahim le dijo que nuestro intento era abrir un

paso, desde las costas de Siria hasta las fronteras de las Indias, á un ejército de cien mil hombres al mando de un poderoso conquistador que queria libertar á los Beduinos del yugo de los Turcos, volverles la soberanía sobre todo su territorio y abrirles los tesoros de la India: asegúrole que este proyecto no ofrecia ningun inconveniente y sí muchísimas ventajas, y que su logro dependia de la union de las fuerzas y de la armonía de las voluntades: prometióle que se pagarían á muy subido precio los camellos para el transporte de los bagages de aquel inmenso ejército, y le hizo entrever otras mil ventajas á cual mas lisonjeras.

Entró Saker completamente en nuestras miras, pero todavia fué preciso explicarle que el Wahabi * podia contrariar nuestros planes, pues su fanatismo religioso debia necesariamente oponerse al paso de un ejército cristiano, y su espíritu de dominacion, que ya le hacia dueño del Yemen, de la Meca y de Medina, debia estender sus pretensiones hasta la Siria, donde no podian los Turcos oponerle ninguna resistencia formal; que por otra parte, una gran potencia marítima, enemiga de aquel á quien queriamos favorecer, haria infaliblemente alianza con él, y enviaria

* Así se suele designar á Ebn Sihoud, rey de los Wahaby.

fuerzas por mar para cortarnos el camino del desierto. Al cabo de muchas contestaciones, en las que Saker manifestó tanta sensatez como sagacidad, cedió enteramente á nuestros argumentos, y prometió usar de todo su influjo sobre las otras tribus. Acordóse que él seria el jefe de los Beduinos del pais en que estábamos, como el Drayhy lo era de los de Siria y Mesopotamia, y se obligó á reunir bajo sus órdenes las diversas tribus, en el término de un año, mientras nosotros proseguíamos nuestro camino, y prometió que á nuestro regreso, todo estaria allanado. Separámonos, encantados unos de otros, despues de haber colmado de regalos á su hijo y puesto en libertad á los otros prisioneros: él por su parte nos envió nuestros cuarenta ginetes. Al dia siguiente, Saker nos escribió que Mohdi y Douackrhy no se oponian ya á nuestros proyectos, y que salian para ir á conferenciar con Bargiass, á tres horas de allí: efectivamente levantaron el campo y lo mismo hicimos nosotros, porque la aglomeracion de tan gran número de hombres y de rebaños habia cubierto la tierra de inmundicias y hecho intolerable nuestra residencia en aquel sitio,

Fuimos á acamparnos á seis horas de distancia, en Maytal El Ebbed, donde estuvimos ocho dias y donde fué á vernos Saker; acordóse que

él solo se encargaria de reunir á los Beduinos de aquellas comarcas, mientras que nosotros nos volveriamos á Siria, por miedo de que abandonando por demasiado tiempo nuestra primera conquista, se aprovecharen nuestros enemigos de nuestra ausencia para embrollar nuestros asuntos y separar á algunas tribus de nuestra alianza.

Ademas, la primavera estaba ya adelantada, y debiamos darnos prisa á llegar, por miedo de que ocupasen otros los pastos de la Siria y de la Mesopotamia; por tanto dejamos para el año siguiente el proyecto de llevar adelante nuestro reconocimiento hasta las fronteras de la India. Para aquella época, ya habria tenido tiempo Saker para preparar los ánimos á nuestro favor, porque, decia, « por una rama se arranca un arbol. »

En pocos dias de marcha llegamos á Mesopotamia; dos empleamos en atravesar el Eufrates, junto á Mansouri, y en salir del desierto llamado El Hamad. Acampámonos en un sitio donde no hay agua potable, y que se llama Halib el Dow, porque no se apaga en él la sed mas que con leche.

De allí pasamos á El Sarha, sitio muy abundante de agua y pastos, y donde esperábamos desquitarnos de nuestras privaciones, pero una

circunstancia particular nos hizo tomarle pronto ojeriza. El terreno en aquel sitio está cubierto de una yerba llamada *el khraffour*, que los camellos devoran con ansia y que tiene la propiedad de emborracharlos á punto de enloquecerlos; entonces corren á derecha é izquierda rompiendo cuanto topan al paso, derribando las tiendas y persiguiendo á los hombres.

Por espacio de cuarenta y ocho horas, nadie pudo cerrar los ojos: los Beduinos estaban constantemente ocupados en calmar el furor de los camellos y en sujetarlos. Una verdadera guerra me hubiera parecido preferible á aquella lucha continua con unos animales cuya prodigiosa fuerza, exaltada por el delirio, presentaba peligros incalculables; pero parece que el triunfo de la destreza sobre la fuerza tiene grandes encantos para estos hijos de la naturaleza, porque cuando fuí á ver al Drayhy para lastimarme con él de aquella revolucion de nueva especie, se rió de mis palabras y me aseguró que aquella era una de las mayores diversiones de los Beduinos. Mientras estábamos hablando, un camello de los mas corpulentos se vino derecho á nosotros, con la cabeza erguida y levantando una nube de polvo; entonces el Drayhy, cogiendo una de las estacas de su tienda, aguardó al furioso animal y le descargó un recio trancazo en el cráneo, con

lo que se rompió la estaca y se volvió el camello para ir á llevar á otra parte sus estragos. Suscitóse entonces una disputa, sobre quien era mas fuerte, el camello ó el jeque: este sostenia que si la estaca hubiera resistido, hubiera abierto la cabeza á su adversario, y los asistentes proclamaban la superioridad del animal que habia roto el obstáculo que se le oponia. Yo por mi parte decidí que ambos eran igualmente fuertes, pues ninguno habia vencido: este fallo puso de buen humor á todo el auditorio.

Al dia siguiente levantamos el campamento. Llegónos en el camino un mensajero de Saker, que venia á darnos cuenta del malogro de su negociacion cerca de Bargiass. Absi, el buhnero, gozaba de toda su privanza y le animaba mas y mas contra nosotros; habiale decidido á buscar á Mehanna y á reunirse con los Wahabi, que debian enviar un ejército para destruirnos. El Drayhy respondió que no habia que alborotarse, que Dios era mas fuerte que ellos, y sabia muy bien hacer triunfar al que tuviese razon. Despues de este incidente continuamos nuestro camino.

Poco despues supimos que la tribu El Calfa estaba acampada en Zualma. El Drayhy juzgaba importante asegurarnos de la cooperacion de aquella poderosa y valiente tribu: su jeque

Giassem era un antiguo amigo del Drayhy, pero no sabia leer ni escribir, y era por lo tanto muy peligroso dirigirle una carta, que le seria leida por un Turco, lo que podria perjudicar esencialmente á nuestros asuntos, como nos lo habia enseñado á nuestras espensas el ejemplo del amaense Absi. Yo fui tambien entonces el encargado de ir á verle, y para ello salí con una escolta de seis hombres, todos montados en dromedarios. Al cabo de dos dias llegamos al sitio designado, pero vimos con gran disgusto que ya la tribu habia levantado el campo, y no pudimos hallar indicio del camino que habia tomado. Pasamos la noche sin comer ni beber, y al dia siguiente deliberamos sobre lo que debiamos hacer; lo más urgente era ir á buscar agua, porque, como todos saben, la sed es todavía mas intolerable que el hambre, y era regular que hallásemos las fuentes de la tribu. Tres dias enteros rondamos sin hallar agua ni alimento; yo tenia la boca tan seca que ya no podia mover la lengua ni articular ningun sonido; ya habia agotado todos los medios de engañar la sed, metiéndome guijarros y balas de plomo en la boca; la cara se me habia puesto negra y las fuerzas me abandonaban. De pronto mis compañeros esclaman: ¡Gioub-el-Ghamin¹! y echan á correr.

¹ Nombre de un pozo conocido en el desierto.

Estos hombres avezados á la fatiga soportan las privaciones con una constancia inconcebible, y distaban mucho del miserable estado á que yo me veia reducido. Viéndolos correr, la irritacion de mis nervios, escitados por el estremado cansancio, me hizo desesperar de llegar hasta el pozo donde se me figuraba que no dejarian ni una gota de agua para mí, y me tiré al suelo llorando. Viéndome en aquel estado, se volvieron atrás y me animaron á hacer un esfuerzo para seguirlos. Cuando llegamos junto al pozo, uno de ellos, apoyándose en el brocal, desenvainó su sable, diciendo que cortaria la cabeza al que osase acercarse. — Dejaos gobernar por mi experiencia, añadió, ó perecereis. Su tono de autoridad nos impuso respeto y obedecimos en silencio: fué nos llamando uno á uno, y nos hizo vencernos á la orilla del pozo para aspirar primeramente la humedad; luego cogió una pequeña cantidad de agua y nos la arrimó á los labios con los dedos, empezando por mí; poco á poco nos permitió beber media taza, luego una taza entera; así nos fué poniendo á racion por espacio de tres horas y al fin nos dijo: « Bebed « ahora, pues nada arriesgais en ello, pero si no « me hubierais escuchado, todos hubierais perecido, como les sucede á cuantos beben sin tasa « despues de una larga privacion. »

Pasamos la noche en aquel sitio, bebiendo continuamente, tanto para suplir el alimento como para apagar la sed, y cuanto mas bebiamos, mas gana teniamos de beber. Al dia siguiente subimos á lo alto de un cerro para descubrir mas horizonte, pero ¡ ah ! ningun objeto se presentaba á nuestra vista en aquel inmenso desierto. Al fin sin embargo uno de los Beduinos creyó ver un bulto á lo lejos, y declaró que era un handag, cubierto de paño escarlata y llevado por un camello muy alto. Sus compañeros nada veian, pero como no teniamos otro indicio mejor que seguir, nos dirigimos hácia el lado que indicaba, y en efecto, poco despues, vimos una gran tribu y reconocimos el handag que nos habia servido de faro ; afortunadamente era la tribu que buscábamos.

Giassem nos recibió muy bien y procuró hacernos olvidar nuestras fatigas. Cuando despaché con él, dictó una carta para el Drayhy, en la que se obligaba á poner sus hombres y sus bienes á su disposicion diciendo que la alianza entre ellos debia ser de las mas íntimas, á causa de su antigua amistad. Púseme en camino provisto de aquel importante documento, pero al mismo tiempo muy inquieto con la noticia que me dió de la llegada de una princesa, hija del rey de Inglaterra, á Siria, donde desplegaba un lujo

regio y habia sido recibida con toda pompa por los Turcos : habia colmado de regalos magníficos á Mehanna-el-Fadel, y se habia hecho escoltar por él hasta Palmira, donde habia derramado sus larguezas con profusion, y formádose un partido formidable entre los Beduinos, que la habian proclamado reina ¹. Jeque Ibrahim, á quien comuniqué esta noticia, quedó aterrado creyendo ver en aquel suceso una trama para echar por tierra nuestros proyectos.

El Drayhy, notando nuestra inquietud, nos serenó diciendo que se sembrarian talegos de oro desde Hama hasta las puertas de la India sin lograr desprender á ninguna tribu amiga de la solemne alianza pactada. — « La palabra de un « Beduino es sagrada, añadió ; proseguid vuestro proyecto, sin apuraros por nada. Yo por « mí, ya he hecho mi plan de campaña : voy á « partir para el Horan con el fin de vigilar los « pasos de Ebn Sihoud ; él solo es de temer para « nosotros ; luego volveré á acamparme en las « cercanías de Homs. »

Jeque Ibrahim, que no tenia ya dinero ni mercancías, se decidió á enviarme inmediatamente á Corietain, de donde despacharia un mensajero á

¹ Esta supuesta princesa no era ni mas ni menos que lady Ester Stanhope.

Alepo á cobrar un *grupo de talaris*. Partí muy alegre, encantado de volver á ver á mis amigos y de descansar algun tiempo entre ellos. El primer día de mi viage no ocurrió novedad, pero al día siguiente, á cosa de las cuatro, en un sitio llamado Cankoum, caí en medio de una tribu que creía amiga, y que luego resultó ser la de Bargiass. Ya no era tiempo de retroceder, y así me dirigí hácia la tienda del jeque, precedido de mi negro Fodda; pero apenas echó pié á tierra, le mataron á mi vista y ví todos los sables levantados sobre mi cabeza. Tan sobrecogido quedé que no sé lo que pasó en seguida; solo me acuerdo de haber gritado: — « ¡Teneos! reclamo la « protección de la hija de Hedál, » y de haberme desmayado. — Cuando abrí los ojos, estaba tendido en una tienda, rodeado de unas veinte mugeres que se esforzaban por hacerme volver en mí, dándome á respirar cerdas chamuscadas, vinagre y cebollas, mientras que otras me inundaban de agua é introducían manteca derretida en mis labios secos y apretados, apenas recobré el sentido, la muger de Bargiass me cogió la mano diciéndome: « Nada temais, Abdalla; estais en la « tienda de la hija de Hedál; nadie tiene derecho « para tocaros. »

Poco despues, habiéndose presentado Bargiass, á la entrada de la tienda, para hacer, decia, la

paz conmigo: « Por la cabeza de mi padre, es-
« clamó su muger, que no entrarás en mi tienda
« hasta que Abdalla esté del todo curado! »

Tres días pasé en la tienda de Bargiass, asistido del modo mas afectuoso por su muger, que entre tanto estaba negociando mi reconciliacion con su marido. Guardábale yo tanto rencor por su brutalidad, que se me hacia muy duro perdonarle; al fin, sin embargo, consentí en olvidar lo pasado, á condicion de que firmaria el tratado con el Drayhy: abrazámonos y nos juramos fraternidad. Bargiass me dió un negro diciéndome: « He sacrificado vuestro dinero, y os debo en « cambio una alhaja, » — juego de palabras sobre los nombres de los negros — Fodda, dinero, y Giauhar, alhaja: luego hizo disponer un festin para celebrar nuestra reconciliacion. En medio de la comida, llegó á todo escape un correo del Drayhy, trayendo á Bargiass una declaracion de guerra á muerte, llena de insultantes epitetos: « ¡Oh tú! traidor, que quebrantas la « ley sagrada de los Beduinos, le decia: ¡oh tú!
« infame, que asesinas á tus huéspedes; Os-
« manlí de negro rostro, sábete que toda la san-
« gre de tu tribu no bastará á redimir la de mi
« amado Abdalla. Prepárate á la pelea; mi cor-
« cel no probará el descanso hasta que yo haya
« esterminado al último de tu raza. » Dime prisa